



La Santa Sede

***CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
AL ARZOBISPO DE L'AQUILA (ITALIA) EN EL VI CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DEL BEATO ANDREA DE MONTEREALE***

*Al venerado hermano
monseñor MARIO PERESSIN
Arzobispo de L'Aquila , Italia*

1. Esta archidiócesis, junto con la orden de san Agustín, se prepara para celebrar solemnemente el 600 aniversario del nacimiento del beato Andrea de Montereale, originario de Mascioni (L'Aquila), quien, siendo adolescente, entró en la orden de los agustinos con el deseo de abrir totalmente su corazón a la misteriosa presencia de Dios.

A pesar de los siglos pasados, en los Abruzos se ha mantenido vivo el recuerdo de este venerado religioso, a quien muchos siguen invocando como valioso intercesor ante Dios. Su testimonio constituye una invitación concreta a una vida de auténtica fe, de profunda contemplación y de adhesión fiel a la voluntad del Señor.

2. Ya durante su vida terrena, el beato Andrea gozaba de fama de santidad: la gente lo veneraba por su profunda espiritualidad y su vida penitente. También hoy, época de rápidas transformaciones que a menudo corren el riesgo de arrollar los valores genuinos de la persona y de su interioridad auténtica, el ejemplo del beato Andrea se propone como singularmente oportuno y significativo. En efecto, cuando el hombre no cultiva la dimensión íntima de la existencia, pierde su verdadera identidad personal. La ascesis y el anhelo incesante de comunión con Dios educan al creyente para que no se deje seducir por las apariencias efímeras del mundo, y le ayudan a liberarse de todos los falsos mitos.

Estas convicciones guiaron al pastorcito Andrea, aún muy joven, a la elección de la vida consagrada, siguiendo las huellas de Cristo, que invita a sus discípulos a tomar su propia cruz y a seguirlo, abandonando todo. Así, se dedicó al estudio y a la oración, cultivando una relación

constante con el Señor, que, a veces, se le manifestaba con signos extraordinarios. Ordenado sacerdote, después de haber perfeccionado los estudios en Rímini, Padua y Ferrara, llegó a ser un experto en filosofía y en derecho, y maestro de teología. Desempeñó luego otros cargos, granjeándose el aprecio y la estima, tanto en la comunidad agustina como entre los fieles.

Impulsado por el amor a Cristo (cf. 2 Co 5, 14), y con adhesión fiel al espíritu de servicio heredado de san Agustín, el beato Andrea se dedicó con gran pasión y provecho a predicar al pueblo en varias ciudades de Italia y de Francia. Su palabra se alimentaba no sólo del estudio de las sagradas Escrituras, sino también de la oración contemplativa y de la práctica constante de la penitencia.

3. Al invocar la intercesión del beato Andrea sobre cuantos se encomiendan a su protección, quisiera invitar a todos a que aprovechen oportunamente esta conmemoración para renovar su fe en el Señor, que enriquece a la Iglesia con tantos ejemplos de santidad. Que su ejemplo y su intercesión ayuden a los fieles de esta antigua Iglesia y a la entera familia agustina a servir con generosa y fiel entrega a Cristo, como él trató de hacer en cada circunstancia de su existencia. Con estos deseos, le imparto de corazón a usted, al venerado arzobispo coadjutor, a toda la diócesis de L'Aquila, así como a la orden agustina y a los ciudadanos de Montereale, una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 11 de agosto de 1997

IOANNES PAULUS PP. II